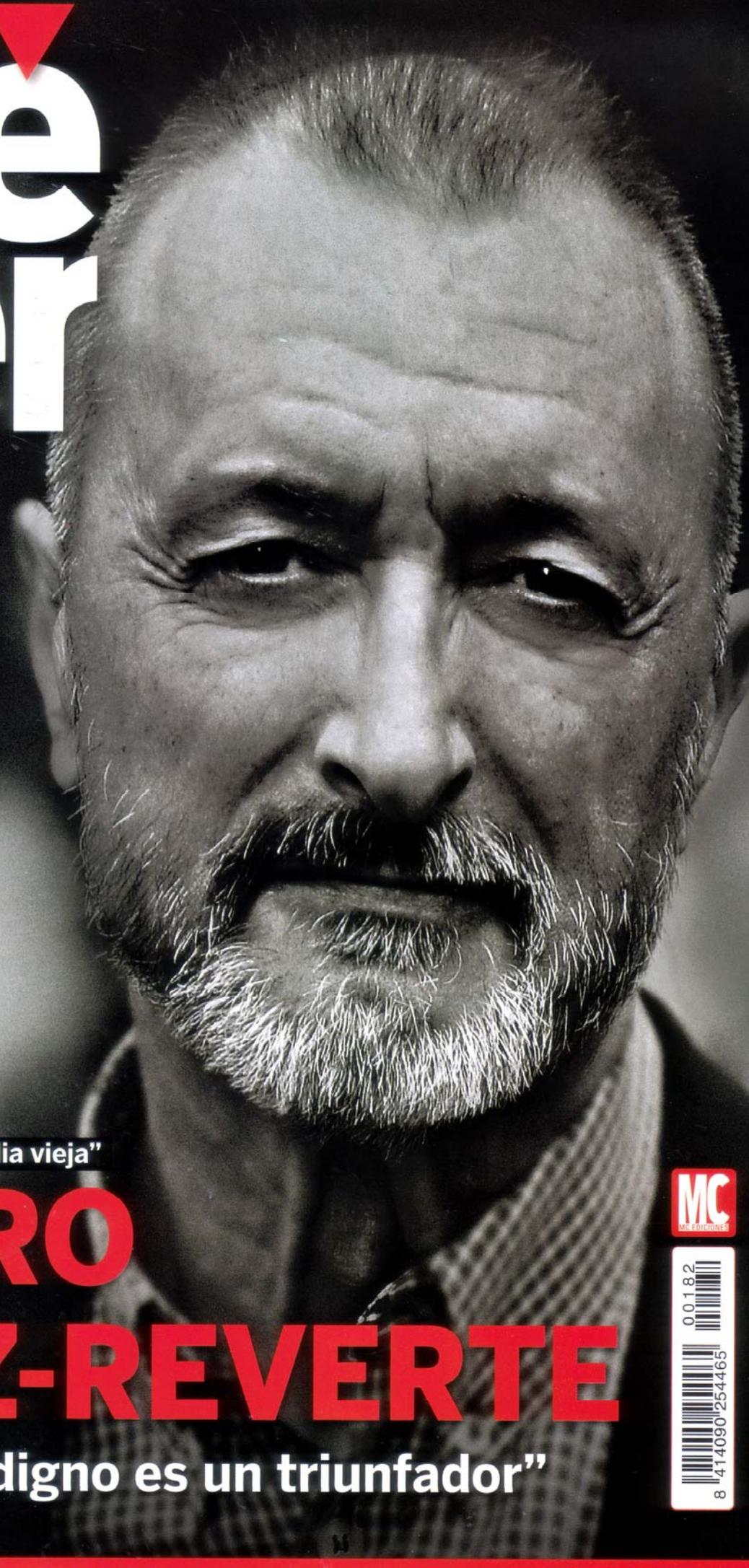


Que leer

Nº 182 / 3,50 €

www.que-leer.com

PORTUGAL 2.80 €



AMIN MAALOUF

Tiende puentes y abre caminos en el Mediterráneo

AUSTRALIA DESDE LA BARRERA

Gabi Martínez, entre corales y canguros

Publica "El tango de la guardia vieja"

ARTURO PÉREZ-REVERTE

"Un derrotado digno es un triunfador"



CRÓNICA: UNA INDIA DE SANTONES Y TURISMO ESPIRITUAL EN RISHIKESH



ARTURO PEREZ-REVERTE

“Sin derrota no hay victoria”

Un ladrón de guante blanco retirado ve cómo, entre la gente que llega a la ciudad para asistir a un campeonato de ajedrez, está Mecha Inzunza, una bellísima mujer de la alta sociedad a la que cuarenta años atrás trató de robarle un collar. Se despiertan dentro de él sensaciones adormecidas y... vuelve a la acción. Pérez-Reverte incorpora a su galería de personajes el héroe con más matices y más densidad en la maleta de toda su trayectoria.

“El tango de la guardia vieja” (Alfaguara) es una seductora novela de gestos, miradas y palabras sobre una trama de intriga marca de la casa. **texto ANTONIO G. ITURBE foto MARIO KRMPOTIC'**

Han pasado veinte años desde que conocí a un aventurero llamado Lucas Corso, que trajinaba con libros rarísimos en un fascinante mundo de bibliófilos y asesinos. Algo después conocí a su autor: mandíbula apretada, veneración por Dumas y Conrad, fanático coleccionista de primeras ediciones, veterano corresponsal de guerra, lengua de látigo de cómitre de galeras. Acudo a mi cita con él en el Hotel Calderón de Barcelona, como otras veces. Siempre se aloja en el mismo lugar, pero no por costumbre, por manía o por comodidad: forma parte de las reglas. Y ahí está: han pasado veinte años y por el camino se han quedado las gafitas de carey que suavizaban la dureza de su rostro. Ahora no hay barreras y achina más la mirada: tiene los párpados más cerrados pero los ojos más abiertos: me doy cuenta de que, cuando llego, él ya hace rato que me ha visto venir. Sigue delgado, anguloso, con el

pelo rapado a cepillo, traje impecable. Más que un novelista, parece un coronel de paisano. Lo es. Con el paso de los años, de tratarlo en diferentes momentos, me he dado cuenta de que nunca baja la guardia, de que, cuando se levanta por la mañana y se viste de Pérez-Reverte, ha empezado una batalla. Como en *El Arte de la guerra* de Sun Tzu, las reglas son lo primero.

Regla nº 1: Cada cosa tiene su momento

Somos ya viejos conocidos y nos saludamos con camaradería, pero sin blandenguería. También forma parte de las reglas: mariconadas, las menos. Nos miramos y yo leo en sus ojos lo mismo que él lee en los míos: el tiempo pasa y deja huellas, incluso algunos socavones. Lucas Corso hace veinte años tenía cuarenta y tantos. El protagonista de esta novela, Max, es un héroe de 60 cumplidos al que, cuando se va a descolgar por una

ventana, en el momento crucial, le duele la ciática.

-Tus héroes están envejeciendo contigo...

-Es que esta novela empieza en el año 1990. La empecé justo después de *La Tabla de Flandes*, tenía cuarenta y tantos folios, y me quedé atrancado ahí. No veía el personaje, no veía las situaciones... era pronto, estaba inmaduro. E hice *El Club Dumas*. Entonces no lo entendía y ahora entiendo el porqué. Necesita una mirada que no tenía todavía. Tenía 48 años, ni color.

El personaje es Max. Con sesenta años cumplidos, trabaja de chófer de un médico adinerado. Tiene unos modales corteses, una manera de comportarse educada y una elegancia innata para llevar el traje. Pero también tiene un pasado. Empezó a ganarse la vida como bailarín profesional en cruceros y salones selectos para distraer a señoras aburridas y acabó ejerciendo de ladrón de guante blanco, tan en-

cantador como escurrizado. Pero no tanto. Escapa a policías de varios países y servicios secretos, pero no puede escapar a la fascinación por una mujer llamada Mecha que enciende algo que nunca consigue apagar. Porque esta no solo es una novela de intriga y aventuras; también (o sobre todo) es una novela de amor.

-Haces algo que no te habrías permitido años atrás...

-¡A ver qué vas a decir!

-En vez de entrar a cuchillo en la historia, la merodeas, te recreas en presentar a los personajes, en mostrar sus matices... Sus sentimientos y frustraciones pasan por delante de la trama.

-Cada historia te pide algo distinto. Esto es como cuando bailas con una mujer que baila mejor que tú: sin decir nada te pide que te adaptes a ella. La historia es la que te exige. Yo no podía entrar a una historia como esta sin asentar muy bien los personajes, para que el lector viera la evolución. Si el lector no tenía una identificación con los personajes no se podía mantener esa suspensión de incredulidad que requiere una novela.

Regla nº 2:

Pierde todo menos la dignidad

-Max se pasa la vida dando golpes y tratando de ascender en la escala social desde el ras de suelo, o de barro, de su suburbio de Buenos Aires. Pero, al final, después de tanto correcales y tanto requiebro, después de haber tenido en la mano joyas, dinero y mujeres., el azar le ha girado las cartas y se encuentra en la casilla de salida: ejerciendo de chófer. Se juega su última baza en un casino, la ruleta de la vida lo deja en cueros y él se vuelve a casa silbando una canción sin perder ni un ápice la compostura...

-Siempre he tenido una gran admiración por aquellos que asumen la derrota con serenidad.

-Tú eres alguien a quien le ha ido muy bien en la vida... ¿Aceptarías la derrota con esa ecuanimidad?

-Yo también he sido derrotado. Sin derrota no hay victoria.

-Pero, cuando se te han torcido las cosas, has dado un portazo y has empujado en otro lado, como te pasó en TVE. ¿No eres más de sacar el sable

y cortar cabezas antes que aceptar la derrota?

Agita la cabeza negando y se acaricia la barbilla

-El autor no te deja ver el bosque -me dice con paciencia-. Yo he pasado miedo, yo he vomitado de miedo en Vukovar... La mía no ha sido una vida de paseo y oficina. Eso ha incluido el estar muchísimo tiempo al borde de la derrota: de perder una mano, un pie, que me volaran las pelotas, que me mataran, han matado a amigos míos. Me he adiestrado durante años en el hecho de aceptar las consecuencias de la vida, sean triunfos o sean fracasos."

-No das para nada la imagen del perdedor...

-Pues he tenido derrotas, por supuesto. Lo que pasa es que no he hecho bandera de ellas. No soy de ir llorando por los bares y el hombro de los amigos. Cuando he tenido un problema me lo he guardado para mí,

-Lecturas que hace diez o veinte años eran para mí fundamentales, como Dumas, Stendhal, Thomas Mann, Balzac, Dickens..., se van quedando atrás, no porque los supere sino porque ya no me pueden dar la intensidad de vida, de conocimiento, de lucidez que me daban. Conrad es el único autor que siento que envejece conmigo. Vuelvo a él y cada vez que lo leo descubro que lo leeré otra vez, que hay cosas que reconozco y que me sigue contando cosas que necesito que me cuenten. No es un ejercicio de nostalgia lectora ni ritual, sino un ejercicio vivo, porque sigo descubriendo cosas nuevas. Precisamente el otro día comentaba esto con Javier Marías, porque hablamos y filosofamos mucho los dos a solas.

-¿Y qué hace un hombre de acción como tú con un ratón de biblioteca como Javier Marías?

-Es que de los dos la gente tiene una falsa imagen. Marías y yo leí-

“He vomitado de miedo en Vukovar... La mía no ha sido una vida de paseo y oficina.”

ni siquiera me he llevado jamás a casa un problema de la calle.

-¿Se encuentra más dignidad en muchos derrotados que no en gente que sabe digerir su éxito?

-No te quepa la menor duda. Un derrotado digno es un triunfador. Cuando hay un salón lleno de gente que te está aplaudiendo, rodeado de gente para que le firmes el libro con una cola enorme es muy fácil. Es muy sencillo ser brillante e ingenioso cuando todos están de tu parte. Cuando estás solo tirado en un monte como un perro, cuando estás tirado en la habitación de un hotel con malaria cagando sangre -como yo he vivido... ahí sí que es difícil el mantenerse erguido, digno, sereno.

Regla nº 3:

Ante el tifón, vuelve a Conrad

Una cita de Joseph Conrad abre el libro. ¡Siempre Conrad!

mos los mismos libros de pequeños, nos criamos en el mismo territorio: buena biblioteca paterna y aficiones comunes, hasta los mismos tebeos leímos. La diferencia está en que Marías quería escribir esos libros y yo, vivirlos. Eso nos llevó a dos caminos muy diferentes pero, con los años, al aprender, hemos descubierto los ecos del otro y nos hemos ido acercando, un poco como esos hermanos perdidos que se separaron de pequeños y se reencuentran de mayores.

Regla nº 4:

Para las señoras, un respeto

-La novela es muy europea en su desarrollo, pero tiene mucho de tango: te tengo y no te tengo.

-El tango funciona en la novela como un mecanismo en torno al que se articula la relación entre Max y mecha, donde mejor se puede encarnar esa mezcla de atracción física y desa-

fío. Viendo bailar un tango aprendes mucho, es como ver la guerra: las convenciones, las falsas apariencias... En principio, en el tango el hombre dirige y la mujer es sumisa, pero la mujer se revela y al mismo tiempo se deja seducir. Es el más íntimo de los bailes posibles, pero no el tango-espectáculo sino el tango de verdad que se baila aún en Argentina.

-¿Tiene sentido decir que la vida es un tango?

-No, para nada. El tango es sexo...

-¿Sucio?

-¡No! Sexo turbio.

-Bueno, para el caso es lo mismo...

Se da una palmada en la rodilla y no me acuerdo si dice o no "¡Coño!".

-¡No es lo mismo! Hay un matiz importante. Una señora puede estar dispuesta a practicar sexo turbio, pero no sucio, porque entonces deja de ser una señora.

-Lo tuyo con las señoras... Empiezo a reparar mentalmente la galería de heroínas y me pongo de buen humor: la morenaza Macarena Bruner de *La piel del tambor*, la pelirroja Tángier Soto de *La carta esférica*...

-Lo más peligroso con las mujeres es que haya un montón de matices que se te escapen. Las mujeres, vistas por nosotros, siempre son hombres travestidos. Salvando las distancias, le pasa a Stendhal, a Flaubert y a cualquiera. Dedicué mucho tiempo a trazar a Mecha, mucho sentido común. Tener una hija de 28 años me ha ayudado mucho.

Regla nº 4:

De casa se sale llorado

-Escribes en la novela: "Solo los hombres dudan, recuerdan y mueren"... Sin embargo, no eres un hombre de dudas, sino de opiniones sin fisuras.

De nuevo sonrío.

-Eso es lo que tú crees...

-En tus artículos das un puñetazo en la mesa y tus opiniones son de lo más contundentes, por decirlo suavemente.

-¿Y por qué he de compartir mis dudas con el personal? Mis dudas son cosa mía. Mis dudas, mis temores, mis fracasos, mis angustias... ¿Por qué habría de compartirlos? Ese exhibicionismo sentimental... -agita la cabeza en sentido de contrariedad-

Yo hago público lo que quiero. Yo no tengo por qué andar diciendo: "Me siento deprimido". Uno es dueño de lo que calla y es esclavo de lo que dice. Yo no estoy dispuesto a ser esclavo de mis sentimientos y mis intimidades.

-La mirilla para poder observar a Pérez-Reverte sin coraza, ¿está en las novelas?

-Naturalmente.

-Ese Pérez-Reverte tronante y más chulo que un ocho, ¿eres tú o es un personaje?

-Es un personaje que han creado otros.

-¡Hombre, tú has contribuido lo tuyo poniendo a caer de un burro a este o el otro, y dando unos puñetazos en la mesa que casi la rompes!

-¿Por qué no los voy a dar? Pero eso no quiere decir que uno sea un individuo monolítico y blindado. Yo llevo escribiendo novelas veinte años. Cualquier lector que se fije me encuentra ahí. Entre otras cosas, porque para eso tengo la literatura: para contar esas cosas interiores que en el resto de mi vida no suelo contar.

-Dices que blindado no... ¡pero vehementemente sí!

Me pone una mano en el antebrazo. Por una milésima de segundo se me pasa por la cabeza que va a hacerme una llave y me lo va a partir. Pero no: es un gesto cálido, de confianza.

-Te aseguro una cosa: a mí no se me escapa nada que yo no quiero que se me escape. Ese puñetazo en la mesa que dices que doy, no lo doy porque se me vaya el genio, sino porque quiero darlo. Te lo aseguro.

-Debes controlar, porque aún no te han metido en la cárcel...

-Me han intentado hacer de todo. De todos los colores, en todas partes.

-Pero has calculado bien donde pegabas el directo.

-No se trata de prudencia, sino de estar dispuesto a asumir las consecuencias. Y yo lo he estado. Mira, Toni, lo que no puedes es estar pendiente de quedar bien: no se puede estar en misa y repicando.

Regla nº 6: La vida tiene sus normas, hay que saber verlas

-"El ajedrez es el arte de la mentira, el asesinato y la guerra". ¿Tú eres jugador de ajedrez?

-Soy muy mediocre, pero me fascina. Voy a campeonatos y miro... y me gusta mucho el ambiente que rodea el tablero. Voy a una partida y observo más al jugador que a la propia partida: los gestos, las actitudes...

-El ajedrez, ¿enseña algo a un novelista sobre cómo hacer novelas?

-No, el ajedrez te enseña pero sobre la vida. Es que las novelas no están disociadas de la vida. En la vida estás jugando una partida contra un canalla que se llama Dios, azar, destino o como quieras llamarlo. La vida es una partida de ajedrez.

-Pero en el ajedrez hay unas normas muy estrictas y en la vida, no.

Acerca su cabeza a la mía y me encañona con la mirada.

-¿Quién ha dicho que no hay normas en la vida?

-Tú hablas del azar, en la vida hay azar. Y el azar de repente lo cambia todo: de golpe aparece un tipo en una plácida isla noruega y mata a 86 personas que están allí tranquilamente. ¡Contra eso no puedes prever nada!

-¡Es que eso forma parte de las reglas!

-Pero en el ajedrez sabemos que la torre mueve así y el caballo así, en la vida no sabemos qué va a pasar a continuación...

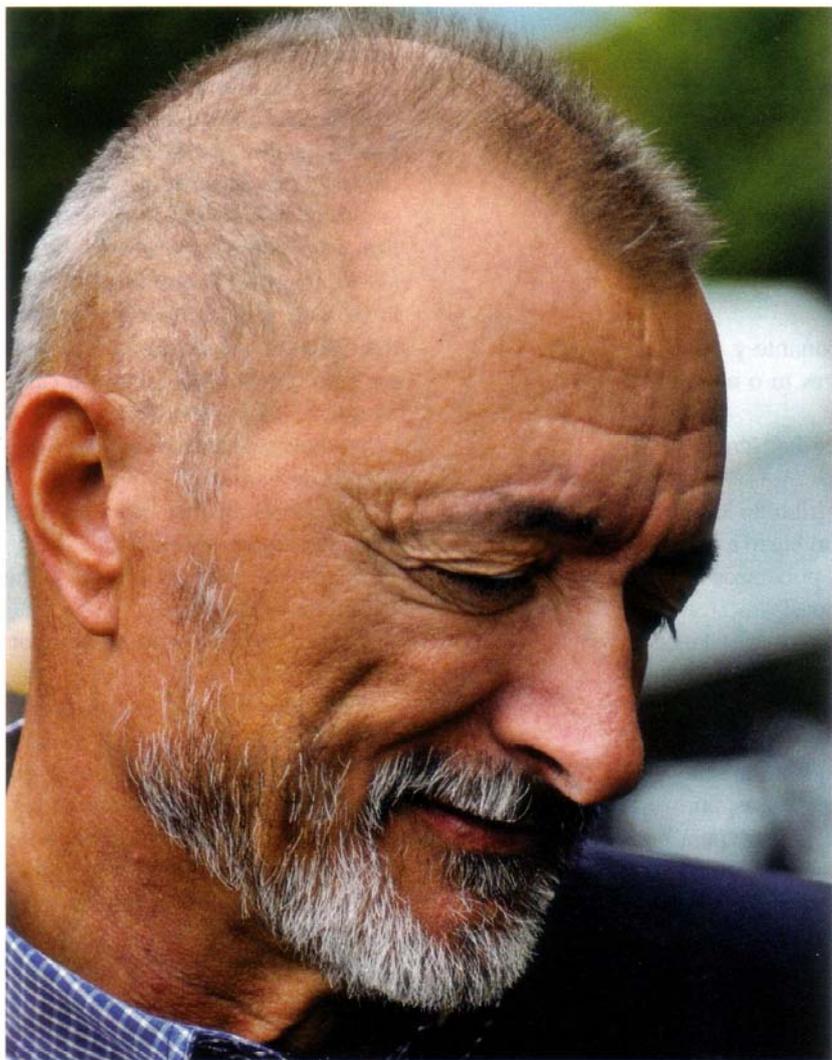
-No, no, no... La vida tiene un reglamento absolutamente claro. Otra cosa es que la gente se fije o no se fije. ¿Y dónde está? Pues en la enfermedad, en el dolor, en la muerte, en la guerra, en la soledad, en el fracaso... y quien se fija se da cuenta de que las reglas son precisas y rigurosísimas.

-¿Y cuáles son las trampas?

-Bueno, en el ajedrez no hay trampas y eso es una de las cosas que más gustan. Puedes engañar, hacer fintas, tácticas, amenazar, retroceder, atacar, pero no puedes hacer trampas. Es un juego de asesinos, pero de gente honrada. El que está ahí es leal.

-Y en esa partida de ajedrez de la vida, para ti, ¿qué es hacer trampas?

-Lo más despreciable, y esta época es un buen ejemplo de eso, es no asumir las consecuencias. Lo que más desprecio no es la maldad, ni la cobardía, ni el engaño; lo que más desprecio es la incapacidad para asumir las consecuencias de los propios actos. Todo se paga: lo pagas antes,



Pérez-Reverte mira hacia dentro en una de sus novelas más personales.

durante o después... pero todo se paga. Y vivimos en el mundo de ahora como si todo fuera gratis. Cuando traen la cuenta en el restaurante todo el mundo se escaquea: has comido, has cenado, has conversado... hay que pagar. Estás vivo, llevas una camisa, tienes una mujer o un marido guapo o feo, tienes un coche, tienes 60 años y tienes salud... hay que pagar, chaval. Y la gente no quiere pagar nada. Mi entrenamiento, mi biografía, es que por estar vivo y ser humano hay que pagar, precios a veces muy altos.

Regla nº 7: Uno posee lo que lleva encima, nada más

-Aparentemente, Max siente fascinación por la clase alta: se finge un aristócrata, habla como un aristócrata, tiene el paladar de un aristócrata... pero en cuanto puede los desvalija y

los deja con un palmo de narices. Él quiere hacerse pasar por uno de ellos, pero no quiere ser uno de ellos...

-Sí, hay un rencor de clase por debajo. Hay seres humanos que nunca pertenecen al grupo al que parecen pertenecer.

-Afirma: "Vivo de lo que encuentro en el camino". Me recordó al Capitán Alatriste cuando dice: "Solo tengo mi sable y mi caballo". Porque, igual que ese espadachín a sueldo, Max lo dice sin ansiedad ni afán: constata lo que es la vida sin inmutarse, como de vuelta...

-Hay una fina línea que va del valor a la indiferencia. En mi última línea en *El húsar*, cuando se sienta en el barro solamente esperando ya la muerte, decía: "Y no sentía nada más que una cansada indiferencia". Yo esa indiferencia la he conocido en mi vida profesional.

-Y en ese camino del que habla Max tú te has topado con la guerra y con el éxito literario: has conocido lo peor y lo mejor...

-He tenido todo lo que un hombre puede tener. Si eres idiota, eso te da envanecimiento o te ciega. Si eres un individuo normal, eso te da sabiduría. El mundo en el que vivo no me gusta. Yo he vivido en las mejores y en las peores situaciones: he vivido en hoteles cochambrosos, me han dado de hostias, me han roto dientes, me han metido en la cárcel, me han puteado... y al mismo tiempo me han adulado, me han dado dinero... Y sé que la única actitud sabia es decir: mañana viene el tsunami, una guerra, la torre gemela de turno, el virus de tal y se va todo al garete. Frente a eso tienes que estar con tu sable y tu caballo. Si mañana un tsunami se llevara todo, mi biblioteca, mi trabajo, mis libros, la gente a la que quiero, me quedaría mi cabeza para empezar de nuevo... a esa indiferencia me refiero. Es algo que aprendí en la guerra y en los libros. Y eso sí es el botín de mi vida: esa indiferencia. Eso es lo que le doy a mis personajes.

Regla nº 8: Orgulloso, pero no pedante

-Esa indiferencia de la que hablas recuerda a los estoicos.

-Cuando algo me duele, o me tomo un Actrón o me pongo a leer a los clásicos.

-Sé que tienes una biblioteca completísima, por eso me llamó la atención que en un artículo de *El Semanal* nombraras a Séneca diciendo algo así como "ese señor que sale en las películas de romanos en sandalias", como si acabaras de verlo por la tele por primera vez. Parece que te diera apuro sonar pedante por hablar de Séneca...

-Es que suena pedante.

-Pero, si lo lees frecuentemente y lo citas correctamente, ¿qué mal hay?

-Mis lectores puede que no hayan leído a Séneca. Y, además, no es tan importante haber leído a Séneca.

-Te pasa un poco como a Max, pero en el mundillo de los escritores. Es como si te siguieras sintiendo un desclasado...

-¿Pero qué clase es la de los escritores? ¿Es un club o algo así? ¿Hay que tener un carnet? -se levanta de la butaca y saca la cartera y empieza a buscar con socarronería-. Mira: llevo el carnet de identidad, la American Express, la Visa... pero el carnet de escritor no lo llevo.

-Hay gente que te da su tarjeta y pone "escritor"...

-Allá ellos.

-Esto tuyo también es una forma de coquetería...

-Será la razón por la que uso un Golf desde hace veinte años en vez de tener un coche más grande... Igual es la misma razón por la que, en vez de comprarme un Bulgari, llevo el reloj de toda la vida, que es un buen reloj pero es el de siempre. Igual mi coquetería es no hacer alarde de ese tipo de cosas. Igual es una cuestión de orgullo, igual yo soy mucho más vanidoso y mucho más orgulloso que los que hacen alarde. Los embajadores de Felipe II, que eran lo más poderosos del mundo, iban vestidos de negro, sin galas ni nada, como mucho el toisón de oro.

-Carnet de escritor, no, pero... ¿De qué carnet presumirías?

-Yo, si llevara un carnet, sería el de lector. Porque yo soy un lector que accidentalmente escribe novelas. Consecuencia de una vida personal y de lecturas. En vez de dar conferencias, o contarlos en los bares o tratar de liarte a señoras y susurrarles "yo una vez estuve en Sarajevo", pues escribo novelas.

Regla nº 9:

Escribe para ti mismo

-¿Y cómo te planteas un libro a la hora de ponerte a escribir?

-Yo es que soy muy disciplinado. Esta novela tiene un trabajo de ocho horas diarias durante dos años.

-Y una novela vivida también, con un proceso de documentación intenso.

-Es que eso es lo que más me divierte de todo.

-¿Qué ha sido lo más fascinante a lo que te has enfrentado en el proceso de documentar *El tango de la guardia vieja*?

-Abrir una caja fuerte. Me fui a ver a un tipo que abre cajas fuertes y me recibió muy bien.

-¿Retirado?

-No, en activo todavía. Yo le expliqué la época, me mostró un modelo que sería posible que Max se encontrara en aquellos años. La abrió delante de mí y después me puse yo. Para mi sorpresa, al tacto, haciendo lo que él me decía, con mucha paciencia y varias horas, logré abrir la caja fuerte. Con la de cosas que he hecho, esta ha sido una de las más apasionantes.

-Han pasado los años, las novelas... pero explicas lo de la caja fuerte y los ojos te echan chispas. No has perdido la curiosidad...

-No sé lo que durará mi salud o mi capacidad de trabajo, pero todavía tengo historias que contar. Yo no tengo ese problema del "a ver qué escribo" o de la página en blanco. Cuando un tío dice "no sé qué escribir ahora"... pues nada, si no tienes nada que contar no hagas nada, no sufras: lee, juega al golf, navega, practica el sexo... Pero a mí lo que me pasa es que quiero contar cosas y sé que se va acabando el tiempo, que las facultades de un escritor, la capacidad de trabajo y de observación, se van agotando con la edad. Y además es triste no darte cuenta. Yo espero que, si me ocurre, me avisen y me digan: "Mira, Arturo, déjalo, ya no merece la pena". Pero no me siento así todavía, tengo que elegir qué historias cuento y eso me hace sentir vivo, vigoroso... disponible. Ahora tengo una novela que estoy deseando empezarla. Lo difícil a partir de ahora va a ser decidir qué hago y qué no hago, porque las cosas que haga quedarán y las que no, morirán. Eso es todo.

-¿Te preocupa la posteridad?

Descruza las piernas a la velocidad de un karateka que se pone en guardia.

-¡En absoluto! -y suspira-. Toni, yo he visto arder la biblioteca de Sarajevo... ¿La posteridad? ¿De qué me estás hablando? Pero quién se acuerda ya de Torrente Ballester o de Cela, de Benet, de Françoise Sagan, de Moravia, de Pavese. Mi ventaja es que, cuando llegué a Troya, yo ya lo había leído, llevaba la *Iliada* en

la mochila. Entonces te das cuenta de que hay muy pocas cosas que sobrevivan.

-Vale, vale... Y entonces, ¿por qué esa inquietud de lo que podría quedarse en el tintero?

-Porque hablamos de mí, de mi propia mismidad. Hay historias que es que me apetece contar. Y me da pena morir sin haber contado media docena de cosas que tengo ganas de escribir. Porque yo escribo para mí. Mira, yo hace mucho tiempo que tengo la vida resuelta. Yo

"Por estar vivo y ser humano hay que pagar, a veces precios altos."

escribo porque me siento a gusto escribiendo. Ahora he terminado una novela, pero es que miro hacia la siguiente y es pensar en año y medio de lecturas distintas, de hablar con gente nueva, de viajar, de beber bebidas que toman esos personajes, de contemplar los paisajes que ellos ven, de acostarme pensando qué escena voy a escribir por la mañana cuando me levante... es rodearme de un mundo en el que me siento a gusto y me permite entenderme a mí mismo. Cada novela que hago es un paso más en mi propia serenidad, en mi propia estabilidad emocional y personal... me aclaro. Ordeno los cajones.

-¿Y cuándo estén todos los cajones ordenados?

-Cada novela es un paso más hacia el final, pero también una forma de ir dejando cada cosa en su sitio. Yo he tenido una buena vida, Toni. Una vida envidiable, en muchos aspectos. Escribir me permite revisarla de una manera lúcida, serena, con esa cierta indiferencia a la que antes me refería. Me permite envejecer sin desesperarme por las marcas en la cara, por las canas, por el dolor de las mañanas. Los estragos que la vida impone son duros de sobrellevar si no tienes analgésicos que te permitan encajarlos. Escribir es mi aspirina. ■



El tango de la guardia vieja
Arturo Pérez-Reverte
Alfaguara
494 págs. 21 €.